



LOS RETRATOS DE CORTÉS

LOS retratos del conquistador que reproducimos en esta ocasión forman parte de los que se conservan tradicionalmente en el Hospital de Jesús, de México, una de las fundaciones que hizo el mismo Hernán Cortés. No se puede afirmar que sean contemporáneos del célebre héroe, pero sí que están hechos los tres en vista de las narraciones más autorizadas y de los recuerdos más precisos. Se puede adelantar la hipótesis de que son copias de otros más an-



Retrato de la colección del marqués de Salamanca. (Apócrifo.)



Escultura de Enrique Pérez Comendador (Madrid, 1947).

tiguos, tal como lo indica el eminente historiador don Lucas Alamán.

Pero nos interesa señalar que los tres forman los vértices de esa trilogía que fué don Fernando de Cortés: el conquistador, el galante hombre de mundo, el religioso.

El delicioso cronista de la Conquista, el capitán Bernal Díaz del Castillo, tiene en su historia los retratos de los principales jefes y soldados que en ella participaron. Yo he leído muchas veces los encantadores capítulos de esa descripción biográfica, y, entre ellos, con respeto, admiración y cariño, está el retrato del jefe que los llevó a la victoria. Lo más curioso es que no sólo hace el escritor-soldado una descripción del físico de esos compañeros suyos, sino que procura siempre encontrar, con finura psicológica, algunas de sus características espirituales que los hacen inconfundibles: si eran tristes o alegres, si galanos o encogidos, si valerosos en la lucha o sólo jactanciosos a la hora de la victoria; sabemos por esos inmortales capítulos quiénes cantaban, quiénes tocaban la guitarra, quiénes eran codiciosos; el nombre del que perdió la mano por justicia, el del que entró al convento, el del que regresó a España; quién murió de muerte natural—«de su muerte»—, quién fué atrapado por los indios y sacrificado a los dioses; quién se perdió en el recuerdo de sus compañeros de hazaña. Estos son los bellos capítulos de Bernal Díaz.

Así es como el capitán cronista describe al Conquistador: «Fué de buena estatura e cuerpo, e bien proporcionado e membrudo, e la color de la cara tiraba algo a cenicienta..., e si tuviera el rostro más largo, mejor le pareciera, e era en los ojos en el mirar algo amorosos, e por otra parte graves; las barbas tenía algo prietas e pocas e ralas, e el cabello, que en aquel tiempo se usaba, de la misma manera que las barbas, e tenía el pecho alto e la espalda de buena manera, e era ceniciento e de poca barriga e algo estevado, y las piernas e muslos bien sentados...» Por cierto —sigue el mismo Bernal Díaz— que, al regresar de la expedición de Hibueras, «engordó mucho e de gran barriga, e también vi que separaba la barba prieta, siendo de antes que blanqueaba». Pero esto fué pasajero. Con la descripción coincide extraordinariamente el retrato que publicamos, de cuerpo entero y armadura. Ese es el conquistador don Fernando de Cortés, «buen jinete e diestro de todas armas, así a pie como a caballo, e sabía muy bien menear-

las, e, sobre todo, corazón e ánimo, que es lo que hace al caso».

Ese don Fernando era, además, un hombre de mundo en toda la extensión de la palabra, que es como lo representa el retrato que reproducimos, en postura que nos atreveríamos a llamar magnífica. Y Bernal Díaz nos dice para completar la imagen: «Oí decir que cuando mancebo, en la isla Española, fué algo travieso sobre mujeres, e que se acuchilló algunas veces con hombres esforzados e diestros, e siempre salió con victoria; e tenía una señal de cuchillada cerca de un bezo de abajo, que si miraban bien en ello se le parecía; mas cubriásela con las barbas; la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas quistiones. En todo lo que mostraba, así en su presencia como en pláticas e conversación, e en el comer e en el vestir, en todo daba señales de gran señor. Los vestidos que se ponía eran según el tiempo e usanza, e no se le daba nada de traer muchas sedas e damascos, ni rasos, sino llanamente e muy pulido...; servíase ricamente como gran señor con dos maestresalas e mayordomos e muchos pajes, e todo el servicio de su casa, muy cumplido, en grandes vajillas de plata e de oro...; era algo poeta; hacía coplas en metros e en prosas, y en lo que platicaba lo decía muy apacible e con muy buena retórica...» Dice más este excelente retratista, que tan cerca estuvo de su jefe; pero lo transcrito es lo fundamental.

En cambio, el retrato arrodillado, el de don Fernando en oración, el religioso, algo me recuerda a uno de don Juan de Austria que se conserva en las galerías de arte colonial mejicano: «Don Juan de Austria da las gracias por el triunfo en Lepanto», tengo entendido que se llama. Aquí volvemos a encontrarnos con Díaz del Castillo, que dice: «e rezaba por las mañanas en unas horas e oía misa con devoción. Tenía por su muy abogada a la Virgen María, Nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora e abogada, e también tenía a señor San Pedro e Santiago, e a señor San Juan Bautista, e era limosnero».

Este era el señor don Fernando de Cortés, al que tanto queremos en México, porque se propuso, dentro de la idea de un imperio católico, formar una nueva nacionalidad. Parece que nunca se han publicado sus tres retratos juntos, que resumen su vida tan perfectamente como la excelente crónica del narrador y testigo de la epopeya de la Nueva España.



Lápida de la sepultura en que reposan los restos de Cortés. Iglesia de Jesús (Méjico).